

Históricas Digital

Ana Carolina Ibarra

“Introducción”

p. 15-34

La independencia en el sur de México

Ana Carolina Ibarra (coordinación)

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/

Fideicomiso Felipe Teixidor y Monserrat Alfau de Teixidor

2017

462 p.

Mapas, cuadros, figuras, planos

ISBN 978-607-02-9019-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de febrero de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/431/independencia_sur.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INTRODUCCIÓN

En los últimos años, hemos sido testigos del importante esfuerzo que los historiadores han hecho por comprender mejor el lapso entre 1808 y 1821, tiempo durante el cual la mayor parte de las antiguas colonias de España en América transitó a la vida independiente. Muchas han sido las aportaciones de esta nueva historiografía, que por lo general ha buscado revisar y renovar las versiones de la historia tradicional a partir del empleo de nuevas fuentes de investigación, de una adecuada lectura de esas fuentes y de la redefinición del espacio y del tiempo con coordenadas distintas de las que la historia nacional-oficial había establecido. El estudio de un periodo más amplio que el de la guerra ha contribuido a la comprensión de procesos y problemas que van más allá de esos años cruciales. Esta revisión ha permitido hallar continuidades en una época de ruptura, ahondar en nuevas temáticas e investigar en fuentes poco exploradas. Los nuevos enfoques han permitido apreciar mejor la complejidad e importancia del estudio de ese breve pero decisivo lapso de tiempo.

El trabajo que a continuación presentamos se ubica en ese contexto. No pretende reivindicar de manera explícita una sola línea de interpretación. Una pluralidad de miradas caracteriza la obra. En este sentido, se espera que el conjunto de los ensayos ayude a los lectores a renovar y ampliar sus reflexiones, tanto sobre la variedad y los contrastes como sobre las coincidencias en los procesos que condujeron al rompimiento con España y a la integración de nuevos espacios soberanos; se espera que los induzca a plantearse los nexos entre los regímenes existentes antes y después de ese suceso y que les permita abordar un espectro muy importante de temas, tales como elites, clero, fronteras, composición social local, procesos de representación, cercanía al mar y ambiciones hegemónicas, entre otros.

Los lugares de los que se ocupan los ensayos de este libro no constituyen ni constituyeron en aquel entonces parte de un espacio común o una “región” —ni siquiera en razón de su circunscripción administrativa, pues se ubicaron en audiencias, gobernaciones, capitanías y diócesis distintas—. Las regiones son algo ambiguo y difícil de definir, en tanto que el espacio es una realidad histórica que cambia incesantemente y que el historiador recupera según las necesidades de su investigación. Esto es lo que explica y justifica optar por un espacio determinado.

Delimitar el espacio de nuestro objeto de estudio resulta, por lo tanto, una operación inevitable. En este caso, lo que articula los trabajos reunidos en este volumen es el interés por conocer los procesos que tuvieron lugar en la zona geográfica del sur de Nueva España, interés que se acrecienta en la medida en que se trata de un vasto espacio que la investigación histórica ha descuidado notoriamente. La vecindad entre una serie de lugares, con o sin afinidades entre sí, ofrece elementos adicionales para la comprensión de los procesos sociales, políticos y militares de la época. Sin embargo, los problemas planteados son los que definen el espacio del que se ocupa cada uno de los estudios: problemas políticos, étnicos, de relaciones sociales, de jurisdicción, de mercados, de relaciones de poder. El tratamiento es, en consecuencia, local, regional, municipal, provincial o de dimensiones mayores, según las necesidades de cada ensayo.

Cabe destacar que los autores de los capítulos del libro compartimos la intención de evitar el efecto de una lectura anacrónica, tanto en lo que se refiere a la organización que posteriormente adoptaron las unidades territoriales, como en lo que concierne a una lectura histórica de los fenómenos del periodo que pueda hacernos interpretar de forma errónea el significado de las expresiones y las posturas políticas de sus actores. Así, los estudios ofrecen algunos ejemplos de procesos y movilizaciones sociales cuyo objetivo no fue precisamente la independencia. Algunos trabajos muestran que, por irónico que parezca, en sus momentos iniciales la movilización que finalmente condujo a la separación de España levantó sus banderas en defensa de Fernando VII, ultrajado por los franceses. El discurso y las expresiones simbólicas que tuvieron lugar en aquellos primeros años remiten, de manera inevitable, al monarca.

Independientemente de lo anterior, en el periodo estudiado se libraron grandes batallas en muy diversos terrenos, aunque ni remotamente han sido recogidas todas en este libro. Se trató en algunos casos de luchas decisivas cuyo significado propició mutaciones de mayor o menor profundidad y permanencia. Pero aun en aquellos procesos que no condujeron a plantearse objetivos de gran trascendencia, las batallas sirvieron para determinar los liderazgos, orientar la correlación de fuerzas y definir el sentido de luchas futuras que, tarde o temprano, iban a incidir en el destino y las modalidades del nuevo orden.

Al tratar de acercarnos a una visión que permitiera contrastar los acontecimientos de la insurgencia del Bajío con la realidad de otros lugares, hemos recuperado procesos tal vez menos heroicos y gloriosos, pero no por ello menos interesantes. Tal vez porque se trataba de lugares un tanto marginales con respecto a los principales focos de la insurrección, o porque se trataba de lugares en los que la insurgencia gravitó con fuerza pero cuyas raíces han sido casi ignoradas, es patente la ausencia de estudios dedicados a narrar lo que sucedió en el sur-sureste de Nueva España. De allí que poco se conozcan sus aportes a la historia de la época, que poco se sepa de qué manera contribuyeron a delinear las fronteras estatales y cómo se insertaron en el proceso de formación de la nación. Cabe mencionar, desde luego, los trabajos pioneros de Édgar Pavía y Teresa Pavía, Jesús Hernández Jaimes y Peter Guardino para el caso de Guerrero; de Brian Hamnett, Rodolfo Pastor, Manuel Esparza, Silke Hansel y Ana Carolina Ibarra para el de Oaxaca; y de Marco Bellingeri, Manuel Ferrer, Mario Vázquez, Robert Patch, Michael Polushin y Alma Margarita Carballo para el de Chiapas y el de Yucatán, varios de ellos colaboradores en este libro.

Dado el estado actual de la investigación, la obra que presentamos no aspira a llenar el vacío que ha dejado la historiografía de la Independencia en esas regiones. Los resultados del trabajo reflejan un avance y permiten ir aportando elementos para una mayor comprensión de la historia sureña. Son trazos que poco a poco van definiendo las peculiaridades del proceso en estos lugares y que, en conjunto, permiten tener una primera aproximación al proceso de independencia en estas zonas. La riqueza de temas, contrastes y

situaciones contribuye a ofrecer una visión menos esquemática del periodo. ¿Cómo se vivió la caída de la monarquía en Los Altos de Chiapas? ¿Cuáles fueron las bases sociales de la insurgencia en la costa sur? ¿Qué significó la ocupación de Oaxaca por Morelos? ¿Cómo definió Centro América su posición frente a las pretensiones del Imperio mexicano?

Peter Guardino ofrece un texto dedicado a la Costa Grande de Guerrero, región decisiva para el movimiento insurgente. Como sabemos, desde sus primeras campañas Morelos se desplazó continuamente por esa zona, en parte por el interés que el puerto de Acapulco tuvo como objetivo y en parte por el gran apoyo que el caudillo recibió de las poblaciones sureñas. ¿Cuáles pudieron haber sido los motivos de tan amplia participación por parte de las poblaciones en una guerra que no necesariamente se había planteado como una lucha por la independencia? Hay que recordar, como señala Guardino, que los insurgentes de la Costa Grande fueron en un comienzo “realistas”, puesto que defendieron la causa del rey. En los panfletos que se difundieron se hablaba de que el rey estaba escondido “tierra adentro” y de que el señor Morelos lo traería a gobernar. Desde aquel entonces y hasta el final de la lucha, en 1821, familias enteras de la región, como la de los Bravo y la de los Galeana, se unieron incondicionalmente a la insurgencia. ¿Qué factores explican un apoyo tan decidido y permanente, poco común entre las elites regionales de Nueva España?

Buen conocedor de las vicisitudes de esta zona en el periodo comprendido entre 1750 y 1850, en su ensayo Peter Guardino busca una explicación a la gran participación de la población. Para finales de 1810, Morelos ya había conquistado toda la costa, desde Zacatula hasta Acapulco, “sin la más ligera resistencia”. Logró tener presencia allí hasta 1814, cuando el ejército español tuvo que realizar un enorme esfuerzo para abatir a los rebeldes. Como se sabe, aun después de esa fecha los habitantes de la costa resistieron el dominio realista mediante una guerra de guerrillas que logró sostener hasta el final a las menguadas fuerzas insurgentes. De este modo, Guardino analiza los motivos que pudieron haber tenido los pardos de las milicias, los medieros, los curas de pueblo, los oficiales criollos de la región y algunos terratenientes importantes para brindar un apoyo

tan sostenido a la insurgencia. Asimismo, apunta algunas explicaciones que permiten entender a partir de qué formación social específica se logró integrar un ejército rebelde. El intento por responder a esta incógnita lleva al autor a penetrar en la ubicación y el significado del papel de los pardos medieros en la estructura sociorracial de la costa, en el malestar generado por los tributos y las alcabalas, a analizar el tema del cultivo y el comercio del algodón en la zona y a animarse a plantear la actitud de algunos sectores sociales hacia el sistema. El autor no se contenta, pues, con descubrir las grandes causas sociales que pudieron haber motivado una actuación tan definida, sino que rastrea el origen del malestar ocasionado por estigmas raciales, por el odio costeño hacia los gachupines. Su intención es empezar a tender “puentes” entre los sentimientos de los campesinos y las ideas abstractas de los insurgentes, que es lo que normalmente conocemos y está documentado. Así, incursiona en el delicado terreno de las cargas simbólicas y psicológicas que imprimieron su ímpetu a la participación popular, tarea no sencilla para la investigación histórica; sin embargo obligada si se quiere dar cuenta de las múltiples variables que permiten explicar las actitudes de los militantes de uno u otro bandos.

También ubicado en las costas del sur de México, el trabajo de Jesús Hernández Jaimes constituye una propuesta polémica. Ya desde el título, el autor cuestiona la posibilidad de aplicar aquí la muy difundida idea de que hubo una “insurrección del clero”, como sucedió en otros lugares de Nueva España. A ojos del autor, la percepción de que el clero tuvo un papel de líder en la lucha ha sido en ocasiones sobrevalorada. Una abundante bibliografía sobre el tema le ofrece material para reexaminar el asunto y lanzarse a rastrear la participación del clero en el sur del país. De esta forma, Hernández Jaimes, quien ya había incursionado en los estudios sobre la región con su obra *Raíces de la insurgencia en el sur de la Nueva España*, recupera en su capítulo a este actor imprescindible.

La descripción del espacio que comprende las costas — la Costa Grande y la Costa Chica — y las montañas, Tlapa, Chilapa y Tixtla, permite al autor delimitar las jurisdicciones de la época y conocer la demografía y la religiosidad de la gente. Una primera caracterización pone de manifiesto las peculiaridades de la región analizada.

Desde el punto de vista de la organización eclesiástica, estas regiones dependían de distintas diócesis —Puebla, Oaxaca, Valladolid y el arzobispado de México—. Una mirada al origen y la estructura de sus ingresos permite apreciar que se trató en general de un clero pobre, dada la complejidad que tuvo la recaudación del diezmo en la zona. Así pues, salvo excepciones, la escasez de parroquias “pingües” y las dificultades climáticas y geográficas hacían poco atractiva la obtención de un beneficio para candidatos con una trayectoria destacada, influencias y mayores ambiciones. De allí que no sorprenda que, como lo detecta Hernández Jaimes, el clero de la región careciera de autonomía y liderazgo.

Si bien el ensayo no pretende negar la importancia de los ministros religiosos en la vida social, sí contribuye a explicar que “dicha relevancia variaba de un lugar a otro y que estaba acotada por los intereses de los pueblos y el liderazgo de otros grupos sociales”. A lo largo de sus páginas, Jesús Hernández Jaimes consigue reconstruir la historia de la participación de varios curas de la región, quienes por diversas razones permanecieron vinculados a distintas fuerzas políticas. El estudio de estos casos y la reconstrucción de las formas y los procesos de implantación de la Iglesia en esta zona constituyen un importante avance en la investigación de un tema escasamente explorado por la historiografía local. Al hacerlo, el autor contribuye a despejar esa gran incógnita que planteaba la ausencia del clero en los estudios de la insurgencia sureña. Este clero tropical del que nos habla Hernández Jaimes es distinto al de otros lugares de Nueva España: de ahí su tenue presencia, la falta de aprecio y el relativo abandono de las poblaciones en prácticas rituales a veces ajenas a la ortodoxia católica.

No obstante la abundancia de fuentes al respecto, la situación de los ingresos y recursos del clero en la época de la insurgencia ha sido poco estudiada. A un caso específico, el de Taxco y sus alrededores, se dedica Marcela Corvera, quien en su ensayo rastrea la evolución de la colecta del diezmo entre 1783 y 1840. Su investigación le permite comprobar los grandes perjuicios que la conmoción ocasionó a los ingresos eclesiásticos. En el lapso de tiempo estudiado por la autora, la Iglesia pasó de una época de bonanza a una de declive. La movilización perjudicó mucho particularmente a aquellos lugares que, como

Taxco, padecieron en su propio entorno los males de la guerra. El ciclo de caída de los ingresos eclesiásticos mantuvo su tendencia a la baja, ya que consumada la independencia no hubo visos de recuperación. La declinación se confirma de manera definitiva al implantarse en 1833, entre las medidas anticlericales del gobierno liberal de Gómez Farías, la supresión del apoyo estatal al cobro del diezmo.

La documentación extraída de los repositorios del arzobispado de México, recientemente puestos en circulación, es el aval de un trabajo minucioso en el que la autora detecta que, más allá de las fluctuaciones que habitualmente afectaron la recolección del diezmo, en el periodo estudiado sobrevino una drástica caída del ingreso. Los testimonios elegidos para ilustrar la declinación en esta rica parroquia son por demás elocuentes, tanto las citas extraídas para reflejar el desconcierto y el disgusto de los colectores y otros agentes que intervenían en el proceso, como las cifras que la autora elige para corroborar este descenso. No cabe duda de que el caso de Taxco es muestra de lo que debió ocurrir en el sur de Nueva España a raíz de la presencia insurgente.

El ensayo de Andrés del Castillo nos ofrece la oportunidad de detenernos por un momento en ese lugar comercialmente decisivo y militarmente estratégico que fue el puerto de Acapulco en tiempos de la insurgencia. Pero no es para referirse a estos aspectos que el autor retoma la historia del puerto, sino para hablar de su fortaleza como prisión de reos de infidencia. A lo largo de sus páginas, nos refiere los múltiples casos de quienes fueron conducidos al presidio de Acapulco. El ensayo es un magnífico pretexto para conocer la trayectoria de aquellos infidentes que pasaron por allí para ser remitidos a Manila o a las islas Marianas, la vida carcelaria de Nueva España y la vida cotidiana del presidio. Objetivo primordial de la insurgencia, Acapulco fue sitiado por Morelos a finales de 1810 y asediado por mucho tiempo hasta ser tomado de manera definitiva en agosto de 1813. En distintos momentos, los reos de infidencia del castillo de San Diego tomaron parte en los acontecimientos, ya fuera para apoyar a Morelos o para “hacer méritos” y conseguir su indulto por parte del gobierno realista.

Por mucho tiempo, la situación de la provincia de Antequera durante la guerra de Independencia mereció poca atención por

parte de los historiadores. Algunas colecciones de documentos publicadas por el Archivo General del Estado de Oaxaca con motivo del 175 aniversario de la Independencia y los estudios del historiador británico Brian Hamnett fueron los primeros trabajos en despertar el interés de algunos investigadores. De ahí que la historia de esta provincia, cuya ubicación podría considerarse marginal respecto de los principales focos de la insurgencia, resultara más atractiva de lo que a primera vista se había podido apreciar. En el presente volumen, un par de trabajos sirve para abrir brecha en el estudio de una ciudad que acogió por algún tiempo a las tropas insurgentes, pero que más tarde se colocó de nuevo como ferviente realista. Un tercer trabajo, referido a Tehuantepec, se articula a los anteriores en tanto que permite conocer la relación económica y social que la capital guardó con el resto de la provincia.

Estudioso del tema de las conspiraciones, Alfredo Ávila retoma en sus páginas una conjura poco conocida: la de José Catarino Palacios y Felipe Tinoco, descubierta en la ciudad de Oaxaca en 1811. Estos dos individuos de extracción popular, gente de pocos medios, recibieron, tras ser descubiertos, un castigo ejemplar al ser ejecutados en una plaza céntrica de la ciudad para escarmiento de la población. La conspiración de Palacios y Tinoco ha pasado a la historia como un incidente menor, aun cuando los procesos de infidencia a los que dio lugar proporcionan un rico material que el autor de este ensayo ha explotado, junto con otras fuentes de primera mano, con mucho éxito. De entrada, la investigación de Ávila nos permite localizar los nombres de 18 reos condenados por delito de conspiración, así como un número muy amplio de gente comprometida con un proyecto cuya intención era prender a las autoridades de la ciudad y abrir las puertas para que Morelos pudiera ocupar la plaza.

Una de las peculiaridades de la conspiración de Palacios y Tinoco fue que no tuvo una residencia fija, sino que se desarrolló en lugares públicos: en las calles de la ciudad de Oaxaca, en las plazas y en los cuarteles. Según el relato, sus principales promotores salían por la noche a reclutar adhesiones entre la plebe, ofreciendo para ello algunas ventajas y algo de dinero. Así, fue creándose una red de individuos dispuestos a participar bajo la consigna de que la mayor

parte ignoraba quiénes eran el resto de los integrantes de la conjura para garantizar la seguridad de sus miembros en caso de ser descubierta. Sólo un grupúsculo destacaba como promotor del proyecto clandestino, aunque sus declaraciones revelaron la participación de algunos personajes de la elite local, a quienes la conspiración conocía como los “tapados”.

El ensayo de Alfredo Ávila constituye una verdadera indagación de las pistas proporcionadas por sus distintas fuentes para poder comprender el origen y los alcances de esta conjura. El conocimiento de las conspiraciones de la época le permite reflexionar acerca de lo que ésta tuvo de singular con respecto a otras de su tiempo. La recuperación de las declaraciones y de los variados testimonios que acompañan a las causas de infidencia —versos, pasquines, libelos, etcétera— pone al alcance de los lectores el discurso de la gente del pueblo, a quien muy pocas veces tenemos ocasión de escuchar. Las voces de la gente común nos remiten a la participación popular, a sus inquietudes y a la versión que tuvieron de los acontecimientos. Después de leer el ensayo, queda la sospecha de que quizá en Oaxaca hubo más malestar del que la historia había registrado.

El lector podrá dar continuidad a algunas de las preguntas abiertas por el ensayo de Ávila al revisar los acontecimientos de Oaxaca entre 1812 y 1814 en el trabajo presentado por Ana Carolina Ibarra. ¿Era Oaxaca la ciudad conservadora y clerical que la historiografía regularmente ha descrito? O, por el contrario, Oaxaca —ciudad ocupada por Morelos y sus tropas—, ¿acaso no era una ciudad revolucionaria? A través de este ensayo, la autora busca establecer un equilibrio entre estas dos visiones para entender mejor lo que sucedió en Oaxaca durante los 16 meses que duró la ocupación de Morelos. No se trata de forzar una imagen moderna para contradecir la de la ciudad señorial, sino de realzar el ambiente de politización que tuvo lugar ante un acontecimiento eminentemente político como lo fue la ocupación insurgente. Es una Oaxaca más culta de lo que se había supuesto, más abierta a participar en los debates de distintos foros y receptora de los primeros destellos de una opinión pública en ciernes.

Ante todo, importa para el ensayo de Ana Carolina Ibarra destacar el hecho de que Oaxaca fue la única ciudad que la insurgencia

logró retener en sus manos por un periodo considerable. Debido a esto último, la ciudad propiciaba formas de relación urbanas y proveía a la insurgencia de los espacios públicos adecuados para llevar a cabo eventos tales como ceremonias, tertulias, “publicidad” y prensa, debates y discusiones. Naturalmente, la ciudad implicó jerarquías, usos, tradiciones y medios y recursos culturales a los que la insurgencia tuvo que plegarse si pensaba colaborar con los grupos de poder local. El conjunto de lo acontecido en Oaxaca tal vez no sea útil para extraer de allí los pasajes más gloriosos de la insurgencia, pero sirve para entender lo que esta última pudo encontrar cuando se propuso seducir a los criollos de las elites regionales a su causa: ampliación de los espacios políticos, relaciones de fuerzas, intereses creados, desconfianza y ambigüedad, entre otras cosas. La lectura del ensayo nos ofrece una mirada novedosa, en tanto que muestra otra faceta del movimiento insurgente: la búsqueda de legitimidad, los terrenos de la negociación y los avances en torno al desarrollo de la opinión pública, la cultura política y sus expresiones más evidentes en una época de grandes contrastes.

Algunos de los miembros de la elite provincial que colaboraron con la insurgencia son recuperados por Laura Machuca en su trabajo sobre la familia Castillejos de Tehuantepec. La ciudad de Oaxaca era una poderosa capital provincial en la que se tejían transacciones comerciales de envergadura, relaciones económicas y políticas que involucraban al resto de las regiones que conformaba la intendencia. En consecuencia, no sorprende que sus vínculos con la zona de Tehuantepec, en el extremo sur, fueran bastante estrechos. En la capital no sólo se manejaban grandes negocios del comercio tehuantepecano, sino que muchos de los miembros de sus principales familias residieron en la antigua Antequera, ya por asuntos derivados de sus intereses económicos, ya por el deseo de emplearse en las instituciones administrativas y burocráticas de la capital provincial.

La autora del ensayo “La familia Castillejos de Tehuantepec: padre hacendado, hijos comerciantes, nietos insurgentes...” eligió para su seguimiento a una familia muy renombrada de la región: los Castillejos, cuyos descendientes dejaron huella en la historia local de ese periodo. Mariano Castillejos, criollo muy conocido en Oaxaca, fue dueño de la hacienda de Cinco Señores, deudor de la Con-

solidación, promotor fiscal de la Intendencia de Oaxaca entre 1802 y 1814, invitado al Congreso de Chilpancingo, subdelegado de Teotitlán del Valle y más tarde electo diputado de Oaxaca en las Cortes de 1821, en general, una persona muy representativa cuya participación en los acontecimientos bien reclama un estudio detenido. De igual manera, Julián Castillejos, su hermano, fue muy activo en la política de aquel entonces, aunque su actividad se desarrolló en la ciudad de México. Desde 1808, tenía vínculos con el partido criollo. Poco después, partió rumbo a Cádiz, donde estuvo un par de años, a su regreso, motivó sospechas del gobierno realista y muy pronto fue hecho preso y trasladado a San Juan de Ulúa.

A través del estudio de genealogías, Laura Machuca se dedica a rastrear desde el origen de la familia Castillejos, de Tehuantepec, hasta el comportamiento de varios de sus miembros en el proceso de la independencia. Aprovecha para situar al lector en una región cuya importancia y peculiaridades no pueden ser desconocidos: el origen de su riqueza, su participación en el mercado de la sal y la grana, la forma en que se van consolidando los principales intereses locales, su vida cotidiana y sus relaciones. Tehuantepec, además de una plaza decisiva para la economía regional, era una plaza políticamente importante, ya que era el límite último de Nueva España, la zona de tránsito hacia Chiapas y Guatemala. Durante las guerras de independencia tuvo un papel fundamental en la actividad contrainsurgente del sur, corredor de paso entre las actividades de la zona y las fuerzas guatemaltecas. De allí que Morelos, mediante discursos incendiarios, tratase de exhortar a sus habitantes, tan proclives a apoyar la causa realista, para que colaborasen en favor de la insurgencia. Entre 1810 y 1815, la zona fue el epicentro de las tensiones entre las luchas insurgentes y los refuerzos contrarrevolucionarios enviados desde Guatemala.

Los ensayos que siguen se ocupan de una región tradicionalmente ignorada en las historias generales de la independencia mexicana: la provincia de Chiapas, cuyo destino más adelante habría de asociarse al de la nación mexicana. ¿Cómo fue que la provincia chiapaneca decidió formar parte del país que surgió en 1821? Los ensayos de Michael Polushin y Sergio Gutiérrez buscan comprender la historia de la región a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX.

A pesar de las dificultades que implica desde el punto de vista de los acervos, Michael Polushin ha estudiado el periodo final de la Colonia en Chiapas. Una revisión exhaustiva de fuentes muy diversas le permite comprender el entramado de intereses económicos y políticos de las elites de Ciudad Real en aquella época. El autor toma como pretexto un incidente: el derrocamiento y la captura del intendente de la ciudad en 1809 a manos de la oligarquía local, durante la fiesta de la Virgen de las Mercedes. La detallada descripción de este evento le permite combinar la riqueza de elementos simbólicos extraídos de la fiesta local con las expresiones de malestar de la elite en un momento crítico. Para narrar este episodio, Polushin aprovecha fuentes documentales nunca antes trabajadas e introduce elementos muy actuales de análisis y reflexión en torno a las transformaciones de la cultura política de los albores de la Independencia.

El trabajo examina una coyuntura de la historia chiapaneca que ha sido escasamente tratada por la historiografía. Lo que se halla como trasfondo del incidente elegido como motivo de este estudio es el malestar generado por las medidas del reformismo borbónico en la zona. El impacto que tuvieron estas medidas tuvieron en un lugar tan alejado de los centros de poder político permite apreciar el alcance y la trascendencia de las mismas. Los grupos de poder local fueron seriamente afectados por las reformas, por lo que el momento elegido por el autor permite apreciar las dimensiones de la confrontación entre los funcionarios públicos y la elite local. Tal y como lo describe el artículo, el conflicto resulta muy álgido y preludia una etapa de mayores dificultades.

Como ya se dijo, el estudio de Polushin representa un esfuerzo notable en tanto que se apoya en una amplia consulta de fuentes de diversos acervos —el Archivo General de Centro América, el Archivo Histórico Diocesano de San Cristóbal de las Casas, entre otros—. Documenta ampliamente la forma en que los intereses locales manejaban los recursos económicos y aprovechaban los altos cargos en su beneficio. Destaca, particularmente, la relación entre los recursos de la catedral y los intereses de las principales familias de Ciudad Real. Decididos a no ceder el control que tenían en la provincia, la intransigencia de los miembros de la elite frente a los emisarios borbónicos condujo a reacciones extremadamente violentas.

Un panorama que se conoce bien para otros lugares, en este caso resulta un trabajo pionero que permite destacar las peculiaridades de esta región tan poco comprendida hasta nuestros días.

El trabajo de Sergio Nicolás Gutiérrez nos lleva a reflexionar sobre uno de los grandes temas de la época: la forma en que se integraron las nuevas unidades territoriales al concluir los procesos que condujeron al rompimiento con España. Se trata en este caso de examinar uno de los episodios fundamentales de la historia política del estado de Chiapas: la declaración de su independencia y su anexión definitiva a México. Debido a su importancia, el tema ha sido historiado por numerosos autores mexicanos y centroamericanos. Sin embargo, como es patente en este ensayo, al respecto aún queda “mucho tela de dónde cortar”.

El trabajo que nos ofrece Sergio Nicolás Gutiérrez tiene la característica de representar una perspectiva actualizada del enfoque local sobre aquella coyuntura. Como tal, no sólo muestra una marcada tendencia a establecer con precisión hechos y datos muy específicos, sino también a vincularlos con discusiones e inquietudes que desde aquellos lejanos tiempos han caracterizado el tratamiento historiográfico que los propios chiapanecos le han dado al asunto. En este caso, sin embargo, se dejan de lado viejas pautas chovinistas, asumiendo una postura equilibrada y reflexiva. Así, pues, a la vez que reseña la manera en que en Chiapas fue proclamada la independencia, el trabajo constituye un ejemplo nítido de la perspectiva chiapaneca sobre este episodio decisivo. Al insertarse en la presente colección de ensayos, el lector podrá extraer sus conclusiones sobre la multitud de factores que intervinieron en la conformación e integración definitiva de los espacios en el orden posindependiente.

Si el análisis del caso chiapaneco aporta nuevos elementos para la reflexión del origen y la formación de los Estados nacionales en la Hispanoamérica de la época, contrastarlo con los procesos que tuvieron lugar en Guatemala y en la península de Yucatán ofrece todavía una mayor riqueza de elementos. Se trata en los tres ejemplos—Chiapas, Yucatán y Guatemala— de espacios cuya integración a otro conjunto resulta más azarosa, menos previsible que la de otros sitios de Nueva España. Chiapas era una provincia del reino de Guatemala—o Capitanía General de Guatemala— y una diócesis bien diferen-

ciada del resto, sufragánea de la de Guatemala. Yucatán también había estado fuera del reino de Nueva España: gobernación y capitánía hasta la intendencia. En el terreno eclesiástico, el obispado de Yucatán dependió siempre del arzobispado de México. Por su parte, el reino de Guatemala dio lugar a la Capitanía General, que era cabeza de las provincias centroamericanas. La Audiencia de los Confines y la diócesis de Guatemala fueron fuentes de su jurisdicción y cimentaron las instituciones que dieron unidad a una serie de regiones diversas.

Los trabajos de Manuel Ferrer Muñoz y Mario Vázquez Olivera nos ofrecen una gran cantidad de elementos para reflexionar sobre los procesos que ocurrieron en Yucatán y Guatemala en la época de la Independencia. Una serie de motivos geográficos, estructurales y culturales, entre otros, explica la ausencia de movilizaciones sociales. Allí la insurgencia fue un hecho de poca o nula resonancia.

El análisis de las circunstancias que influyeron en el desenlace de 1821-1822 permite comprender la distinta evolución de dos adscripciones periféricas que poco tuvieron en común con Nueva España. Entidades territoriales que compartieron rasgos similares en algunos aspectos, su estudio y el contraste entre ambas sugiere elementos comparativos.

“La coyuntura de la independencia en Yucatán, 1810-1821”, de Manuel Ferrer Muñoz, pone de relieve las particulares circunstancias de la península en aquella época. Distante de los ejes del movimiento novohispano, Yucatán apenas si se enteró de las guerras intestinas que tuvieron lugar durante el virreinato. La población indígena de origen maya, las elites más relacionadas con otros puntos de la geografía caribeña y atlántica, tuvieron pocas posibilidades de vincularse a los acontecimientos. En palabras del autor, “los planteamientos rupturistas con España apenas si tuvieron cabida en la península de Yucatán”. Aun así, un movimiento de corte liberal, inspirado en la revolución política de la metrópoli, dio lugar a la formación de un conocido grupo de intelectuales liberales meridianos: el movimiento sanjuanista, que integró a destacados personajes de la elite de la capital yucateca. Entre ellos figuraron nombres como el de José Matías Quintana, padre de Andrés Quintana Roo, y Lorenzo de Zavala, por mencionar a los más destacados.

La región, sin embargo, se vio sacudida por los acontecimientos españoles: era inevitable que la invasión napoleónica, la caída de la Junta de Sevilla, el poder de la Regencia, la formación de las Cortes y los decretos constitucionales creasen en todas las capitales del mundo hispánico sentimientos de incertidumbre y recelos mutuos, los cuales agudizaban las rivalidades entre los distintos sectores del poder político y administrativo. A decir del autor, aunque en Yucatán los conflictos entre criollos y peninsulares no parecían tener la misma fuerza que en otros lugares, la coyuntura propició toda clase de enfrentamientos y desavenencias. Apoyado en una amplia consulta de los repositorios peninsulares, el trabajo de Manuel Ferrer nos ofrece una rica descripción de la evolución de esos conflictos y se ocupa de dar seguimiento de manera muy puntual al impacto de las medidas emitidas por Cádiz, las cuales rápidamente fueron puestas en marcha en territorio yucateco.

El ensayo estudia y documenta ampliamente las consecuencias de la restauración monárquica y el hostigamiento hacia los sanjuanistas yucatecos. Hacia 1814, éstos, amparados bajo el membrete de “confederación patriótica”, habían realizado una serie de alianzas que les permitían mantenerse en una situación preponderante. A pesar de ello, el último gobernador y capitán general, Juan María Echáverri, mantendría su acoso, particularmente en los decisivos meses que siguieron a la revolución liberal de 1820 y la posterior proclamación de la Independencia por el Ejército Trigarante.

Por su parte, el ensayo presentado por Mario Vázquez Olivera se sitúa en la coyuntura de la Independencia y la proclamación del imperio de Iturbide. Alude muy concretamente a los efectos de la política mexicana sobre la Audiencia de Guatemala: el significado del triunfo trigarante en Guatemala, las conexiones que se tendieron a partir de entonces y los aliados que suscribieron en Centroamérica el proyecto del Imperio mexicano. Este tema se ha trabajado muy poco y menos desde la perspectiva mexicana, poco proclive a mirar más allá de sus fronteras.

Como se ha dicho, el reino de Guatemala estaba claramente diferenciado del virreinato de Nueva España, tanto en materia administrativa como de gobierno. La Capitanía General, la Audiencia y la arquidiócesis dotaban a la región de instituciones propias, por

lo que desde este punto de vista no había razón para pensar en un destino compartido. En gran medida fueron las intrigas promovidas por los agentes políticos del iturbidismo las que supieron encontrar adhesiones en algunas de las principales familias guatemaltecas, las cuales, a su vez, se valieron de éste para imponerse sobre grupos y demarcaciones políticas. Una serie de maniobras condujo a la marginación de los grupos republicanos para lograr unir al grueso de la elite guatemalteca bajo el proyecto del imperio. No cabe duda que, como lo apunta el autor, el magno proyecto imperial mexicano que aspiraba a hegemonizar toda la América septentrional resultó atractivo para un reino más modesto que no tenía del todo clara su viabilidad bajo las condiciones del nuevo orden. “Guatemala aún no es mayor de edad: México sí”, fue la expresión que justificó el proyecto conjunto.

El trabajo pone énfasis en las implicaciones que ello tuvo para la relación entre la capital del reino y el resto de las provincias centroamericanas. ¿Cómo hacer “entrar al redil” a las diversas regiones de las cuales pretendía la capital guatemalteca ser enlace con el imperio? La adhesión al proyecto no fue en absoluto unánime en Centroamérica: hubo que conminar, mediante amenazas y chantajes, a más de 170 ayuntamientos que no se adhirieron de manera espontánea al Imperio mexicano. Tales discrepancias, según comenta el autor, servirían para atizar los sentimientos de discordia y disgregación que más tarde llevarían a Centroamérica al borde de la guerra civil.

El trabajo de Mario Vázquez está respaldado por una vasta experiencia en la investigación en repositorios mexicanos, chiapanecos, guatemaltecos y centroamericanos, misma que le permite “hilar muy fino” en las sutilezas de la política local. De igual manera, el acercamiento que ofrece a las relaciones interregionales centroamericanas resulta muy esclarecedor para comprender el proceso de unidad y su posterior desenlace. Gracias al acercamiento al caso guatemalteco, el lector de estas páginas podrá volver a pensar las múltiples opciones que pudo imaginar —e impulsar— el grupo que consiguió la independencia. La nación aún no existía: la América septentrional podía ser república o imperio. En todo caso, aspiraba a ser “una nación de la mayor importancia” y por un momento creyó que podía abarcar desde Texas hasta Costa Rica.

Como se puede apreciar, los ensayos que este libro reúne, a pesar de estar circunscritos a su temática, poseen una mirada de largo alcance que no soslaya las grandes preocupaciones a las que obliga una visión de conjunto. Así, aunque cada autor se ocupa de una “pequeña parcela” de trabajo, sus preocupaciones se inscriben en el vasto horizonte de problemas que contempla el tránsito de una época a otra. De este modo, cada autor posee una perspectiva particular desde la cual se plantea indagar las raíces locales de un proceso mucho más amplio.

Dada la poca familiaridad que muchos historiadores tienen con los repositorios y acervos locales de las regiones estudiadas en este libro, hemos querido que su publicación sirva como estímulo y acicate para que los investigadores dirijan su atención al sur-sureste de Nueva España. Así, pues, aunque los artículos se apoyan en la consulta de fuentes documentales nacionales y extranjeras, hemos incluido en la parte final algunos estudios que se ocupan de la situación actual de los archivos y repositorios de esos lugares. Rosalba Montiel y Édgar Santiago Pacheco nos llevan de la mano por los archivos de Mérida y de Oaxaca. En esta sección, el lector interesado encontrará posibles pistas para investigar sobre este periodo en varios archivos. De igual manera, mapas y cuadros estadísticos resultan muy útiles para que el lector pueda ubicar los diversos lugares mencionados.

Los trabajos reunidos en este volumen son, en todos los casos, fruto de los avances en las investigaciones de especialistas que se han ocupado de la historia de los procesos de independencia. Cada uno de los proyectos fue presentado en un coloquio llevado a cabo en el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México en noviembre de 2001. El coloquio sirvió como punto de partida para que en 2002 se realizara en la Facultad de Filosofía y Letras una serie de reuniones de seminario en las que se discutieron las versiones originales. El proyecto apoyó estancias de investigación en distintos lugares para ampliar los trabajos iniciales y facilitó el traslado de investigadores foráneos a la ciudad de México para la discusión de sus trabajos. En consecuencia, lo que aquí se presenta es resultado de un trabajo colectivo que se desarrolló en etapas sucesivas. Por lo mismo, esperamos que, a pesar

de la libertad con que se elaboró cada uno de los ensayos, se perciba el esfuerzo conjunto.

La obra que hoy ponemos a consideración del público se realizó bajo los auspicios de la Facultad de Filosofía y Letras y con el apoyo del Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT) de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la Universidad Nacional Autónoma de México. La mayoría de los autores son profesores e investigadores de distintas dependencias de dicha institución: el Instituto de Investigaciones Históricas, el Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos y, desde luego, la Facultad de Filosofía y Letras. Participaron también participaron egresados doctorantes de la propia Facultad, de El Colegio de México y de la Universidad de Toulouse, Francia. Los recursos recibidos del PAPIIT hicieron posible la participación de académicos de otras instituciones nacionales y extranjeras: entre ellas la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, la Universidad Autónoma de Yucatán, el Archivo General de Notarías del Estado de Oaxaca, la Universidad de Illinois y la Universidad de Southern Mississippi. Se otorgaron recursos para poder traer a los investigadores foráneos, para otorgar becas a estudiantes de licenciatura y posgrado —algunos de ellos participan como colaboradores de este libro—, así como para que los autores pudiesen realizar estancias de investigación en los archivos locales.

A lo largo de tres años contamos con el apoyo incondicional del Instituto de Investigaciones Históricas. Su entonces directora, Virginia Guedea, fue extraordinariamente generosa al apoyar, participar y estimular las tareas y los eventos que se organizaron a partir del proyecto. Siendo ella misma especialista en la época que trata este libro, su opinión y respaldo resultaron invaluable. Igualmente, el maestro Ernesto de la Torre Villar nos prodigó sus sabios consejos. Siempre estuvo dispuesto a sugerir, comentar y respaldar nuestras iniciativas. Este libro se honra con el prólogo que nos ha dedicado Eduardo Ibarra, corresponsable del proyecto, nos aportó su entusiasmo y su rigor académico durante el coloquio y en las sesiones de seminario que siguieron. Sin su solidaridad, el proyecto no habría llegado a buen término. Finalmente, colegas como Johanna von Grafenstein, José Antonio Serrano, Margarita Menegus,



Eduardo Ibarra, Cristina Gómez, Miguel Soto y Mario Vázquez hicieron comentarios muy útiles durante el coloquio y a lo largo del tiempo. Los espacios que compartimos en distintos momentos, sirvieron para retroalimentar los trabajos y constatar las bondades del trabajo colectivo.

ANA CAROLINA IBARRA



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS